

ROSA MARÍA

I

—Oye; esta noche hay baile en el Casino, con motivo de la festividad del día, y he pensado que asistamos a él: quiero presentarte a las muchachas del pueblo que, dicho sea en tu honor y en el de su curiosidad, están rabiando por conocerte—dijo mi amigo después de ofrecerme un cigarrillo, y en tanto saboreábamos el aromático café, servido en finas tazas de china.

—¡Encantado, chico! Ya sabes que estoy a tus órdenes; y que me será muy grato conocer a tus simpáticas paisanas—le repliqué.—Ahora, lo que no me explico, ni comprendo, es esa curiosidad que dices respecto a mi humilde persona.

—Los que habeis tenido la suerte de nacer y vivir en Madrid es muy difícil que podais explicaros las cosas de los pueblos, y menos de los pueblos pequeños como éste. No olvides que la psicología de un aldeano difiere bastante de la de un madrileño, por lo mismo que son distintas sus educaciones, y otro muy diverso el ambiente en que sus actividades se desarrollan: para uno el código de su vida es la «gramática parda», compendio de todas las cazurrerías y cuquerías pueblerinas; para el otro, en cambio, ha de serlo el más perfecto «manual de urbanidad», porque con exquisita educación ha de comportarse con sus relaciones, y con exquisita cortesía.. ha de engañarlas también. Para los unos el todo son las formas, las apariencias; para los otros las apariencias y las formas están demás, el todo es el objeto perseguido.

—Bien; todo eso está muy bien; pero no aclara un punto mi extrañeza acerca del caso concreto de la curiosidad de tus paisanitas; que me sorprende verdaderamente porque no hace aún veinticuatro horas que llegué; y como desde la estación nos fuimos directamente a tu finca, para saludar a tus padres, no han podido verme ni tener noticia de mi llegada, toda vez que nuestro regreso del campo fué cuando las primeras sombras de la noche oscurecían las calles del pueblo y por ellas no se veía un alma.

Mi amigo avivó el fuego que en el hogar se iba extinguendo, falto de combustible, y me miró sonriente. Después llamó a una criada para que trajera más leña, y, así que ésta hubo salido de la cocina, argulló:

—Pues bien, señor ignorante; ¿crees tú que puede pasar inadvertido, en un lugar en que de ordinario nada ocurre, la llegada de un forastero, y más si éste es joven, bien parecido, e Ingeniero de Minas por añadidura? ¿Pero de dónde sales tú, mi querido amigo, que tan poco sabes de la curiosidad femenina? En el pueblo, a estas horas, no queda muchacha soltera, y aun puedo asegurarte que mu-